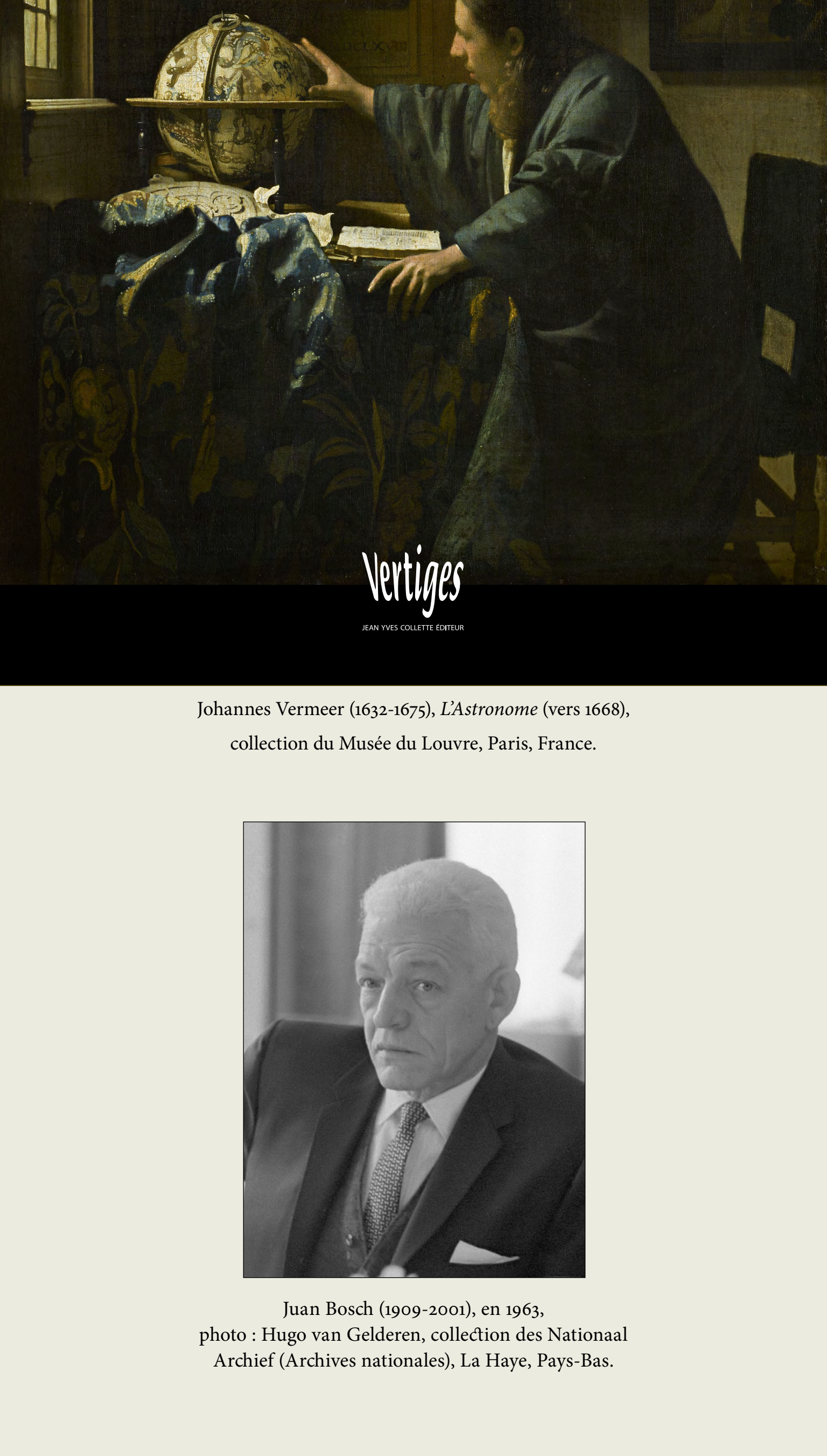


Juan Bosch

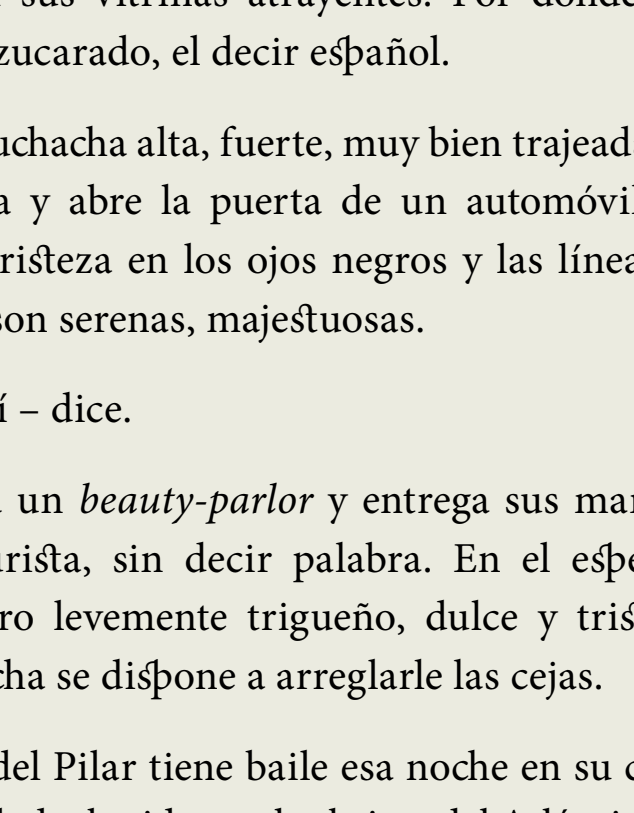
El Astrologo

conte



Vertiges
JEAN YVES COLLETTE ÉDITEUR

Johannes Vermeer (1632-1675), *L'Astronome* (vers 1668),
collection du Musée du Louvre, Paris, France.



Juan Bosch (1909-2001), en 1963,
photo : Hugo van Gelderen, collection des Nationaal
Archief (Archives nationales), La Haye, Pays-Bas.

EL ASTROLOGO

METIDA EN EL ATLÁNTICO, como una piedra
caída de la isla, San Juan de Puerto Rico
muestra sus viejas murallas españolas y sus estrechas
calles del siglo XVI. Por esas calles va y viene la gente
atareada. Hay un bullicio de colmena. Las tiendas
ofrecen sus vitrinas atrayentes. Por donde quiera
salta, azucarado, el decir español.

Una muchacha alta, fuerte, muy bien trajeada, cruza
la acera y abre la puerta de un automóvil. Tiene
cierta tristeza en los ojos negros y las líneas de su
rostro son serenas, majestuosas.

— Aquí – dice.

Entra a un *beauty-parlor* y entrega sus manos a la
manicurista, sin decir palabra. En el espejo luce
su rostro levemente trigueño, dulce y triste. Una
muchacha se dispone a arreglarle las cejas.

María del Pilar tiene baile esa noche en su casa. En
el Condado, batido por las brisas del Atlántico, entre
palmeras y flores, el lindo *bungalow* tipo español
colonial, espera a los invitados.

Toda la tarde estuvo María del Pilar atendiendo a
las llamadas telefónicas, trajinando, disponiendo
arreglos. A las diez empezaron a llegar las primeras
parejas. Junto con su madre, una señora digna,
de cabeza plateada, María del Pilar recibía a sus
amigos. Sonreía encantadoramente. Los hombres se
inclinaban respetuosos a saludarla.

Algunas amigas comentaban entre sí.

— María del Pilar debe estar enamorada.

— Sí, la veo distraída.

La anfitriona, majestuosa y amable, hacía por
entusiasmar a sus amigos :

— ¡A bailar, a bailar !

— Pero si tú no bailas, María del Pilar – se quejó
una.

— Es que estoy cansada, Juanita ; y además, tengo
que atender a los invitados.

Otra dijo que era muy duro el atareo de preparar
una fiesta, y le dio la razón a María del Pilar.

— Sí, hijita, debes estar deshecha.

Con las horas crecía la alegría. Las orquestas
producían música tropical, sensual y amarga a la
vez. Se oía, estridente, el quejido del cornetín, y,
como un condenado, bramaba el timbal.

Del mar cercano llegaba un atenuado rugir. La brisa
mecía los cocoteros. Más allá de media noche, un
joven alto, atlético, vino a buscar a María del Pilar.
Con suave elegancia se deslizaban por el salón de
baile. Era una pareja magnífica. Las muchachas que
descansaban, y hasta los jóvenes, estaban de acuerdo
con una señora que aseguraba :

— Es la más bella pareja de todo Puerto Rico.

Con su largo traje blanco, escotado y adornado
discretamente con piedras, María del Pilar iba y
venía, llevada en brazos por su galán, y la brisa no
tenía más gentileza que su cuerpo, que se mecía leve,
delicioso.

— ¿ Y por qué no aceptará novio María del Pilar ? –
preguntó un joven.

Una de las muchachas habló sobre amores desgra-
ciados. María del Pilar estuvo comprometida
con un paisano, en New York. Él era de Ponce, y
estudiaba en Columbia. Tenían fijada ya la fecha de
matrimonio cuando apareció entre ellos una corista
del « Chico » y enloqueció al muchacho. María del
Pilar era orgullosa y no quiso disputar su amor
con una mujer que consideraba inferior en varios
conceptos. Le pidió a su papá que la trajera otra vez a
Puerto Rico. Hacía ya tres años de eso. Ella no había
vuelto a saber de su antiguo novio ni admitía que se
lo mencionaran ; pero todos sus amigos sabían que
su inagotable tristeza partía de su tragedia de amor.

María del Pilar seguía bailando. Enloquecido, el
cornetín se trepaba a los cocoteros y se iba a cantar
sobre la mar ancha.

— Mañana, si aceptas, eres mi esposa – decía en voz
baja su compañero.

Con la cara vuelta, maravillosa en su desdén, María
del Pilar casi suplicaba :

— No me hables de esas cosas, Manuel ; yo no puedo
querer a ningún hombre.

— ¿ Recuerdas todavía a Eddy ?

Mortificada por la indiscreción, ella le miró con ojos
fríos, pero su compañero no se desconcertó.

— Oye, María del Pilar – dijo –, yo te ruego que no
te molestes. Tú sabes que yo fui siempre un hermano
para Eddy y que lo estimo como a nadie. Hasta cierto
punto, y aunque yo haya pensado alguna vez en que
yo podría brindarte una felicidad que no encuentras,
te agradezco profundamente ese amor que guardas
al recuerdo de mi amigo.

La música se iba ahogando.

— Ya sabes que no me agrada hablar sobre el pasado
– aseguró María del Pilar.

La muchacha, de encantadora se había tornado fría.
Manuel la tomó del brazo. Había cesado la pieza.
Las muchachas empezaron a festejarles.

— Hacen ustedes una pareja encantadora – decían.

María del Pilar sonreía amargada. Comprendía la
alusión y eso le molestaba. Manuel la llevó al bar ;
mientras tomaban un refresco, le dijo :

— Te quiero suplicar una cosa : que seas mi amiga y
confíes en mí, María del Pilar.

Ella levantó sus tristes ojos negros y le miró
agradecida. Manuel sonrió. Empezó a hablar de
cosas alegres.

— Si tú quisieras, iríamos mañana a ver al profesor
Heinlen. Es una cosa maravillosa. Yo estuve con mi
hermana. Te dice el pasado, el presente y el porvenir.
¿ Por qué no vamos ?

María del Pilar se animó. Una luz infantil alumbró
en sus ojos.

— Hombre sí ; me gustaría probar eso.

— ¿ Mañana, entonces ?

— No, mañana voy a estar muy cansada ; pasado
mañana.

— Vendré a buscarte a las tres ¿ quieres ?

— Sí, a las tres.

El lunes fue Manuel, pero a las tres resultaba muy
temprano para María del Pilar. Estuvo arreglada casi
una hora después. En Miramar, en un hotel elegante,
vivía el profesor Heinlen. Manuel condujo a su amiga
por un pasillo, y después entraron a una habitación
adornada de negras cortinas de terciopelo. Todo
estaba oscuro allí. En el fondo se adivinaban unos
almohadones y una bola de cristal. María del Pilar
casi no veía.

Esperaron sobre un cuarto de hora. Al fin apareció
un negro gigantesco, vestido con calzón corto y
desnudo de cintura arriba. Tenía un turbante blanco
y los brazos cruzados.

— Un minuto – dijo en inglés, inclinándose hasta el
suelo –. El profesor viene ya, señora.

María del Pilar se sentía sobrecogida. Miraba
asustada a Manuel, que sonreía a su lado.

El negro tomó a la muchacha de la mano y la condujo
hacia el fondo. Una cortina se levantó. María del
Pilar apenas veía. Una sombra alta, envuelta en una
manta, con turbante, surgió del fondo y avanzó. Ya
más cerca, ella notó que tenía barba. El negro se
inclinó otra vez e inició un canto profundamente
impresionante. El mago echó polvos en un brasero,
cerca de la bola de cristal, y el humo azulino llenaba
la habitación. En frases ininteligibles, el profesor
Heinlen empezó a rezar. Después se adelantó y dijo,
con voz grave :

— ¡ Sus manos !

Llena de miedo, María del Pilar quería huir.
Temblaba. El mago puso esas manos largas y finas
sobre la bola, le ordenó que se sentara y tomó asiento
a su vez. Estuvo viendo la bola, silencioso, y después
empezó a decir :

— Veo aquí una playa lejana ; en ella hay un joven
que habla a una mujer. Esa mujer es usted. Ambos
parecen muy felices.

María del Pilar se asombra. La playa de que habla
el mago debe ser la de Atlantic City y el hombre,
Eddy. Rápidamente, el mago va evocando su vida
pasada. Un hábito de felicidad supremo invade
a la muchacha. Quiere ver a Eddy, desea verlo. Es
necesario que lo vea.

— Enséñemelo, profesor. Yo quiero volver a ver su
rostro – suplica.

Su voz ha cobrado un tono caluroso y un timbre
vibrante.

— Usted lo verá – asegura gravemente el profesor –.
Usted lo verá pronto.

María del Pilar cree que se ahoga.

— ¿ Verdad ? – grita –. ¿ Verdad ?

— Sí. Pronto.

El profesor sigue hablando. Dice que ve otra mujer,
abandonada. En el corazón del joven hay desprecio
por aquella mujer a quien acusa de haberle alejado
su felicidad.

— ¿ Cómo es ella ? – pregunta angustiada María del
Pilar.

— Rubia. La veo aquí en un cabaret. Baila.

María del Pilar respira. Quiere morirse de felicidad.

— ¿ Y el porvenir ? – pregunta.

— El porvenir es claro. La veo a usted con ese joven,
pero muy pronto. La veo en brazos de él, feliz.

— ¡ Manuel ! ¡ Manuel ! – grita María del Pilar –.
¿ Dice que me ve en brazos de Eddy !

Está tan nerviosa, que se denuncia.

— Usted lo quiere mucho – asegura el mago – ; pero
él la quiere más a usted y los veo muy felices a los
dos.

— ¿ Usted cree que él me quiere ?

El profesor no contesta. Mueve una mano hacia las
cortinas y de pronto la habitación se llena de luz.
Rápidamente, ante la asustada María del Pilar, el
profesor Heinlen se despoja de la manta, se quita la
barba y el turbante.

— ¡ Eddy ! – grita María del Pilar.

Manuel acude pronto, antes de que caiga al suelo.
Poco a poco abre ella los ojos.

— ¿ Y esto ? – pregunta.

Manuel explica.

— La idea fue mía. Él me anunció que estaba en San
Juan y me dijo que quería verte, y como yo sabía que
tú no lo ibas a aceptar, dispuse esta comedia.

— Que ha terminado felizmente, como todas las
comedias – agrega Eddy.

María del Pilar, sin levantarse, abre los brazos y
gime :

— ¡ Eddy mío !

El negro medio desnudo empieza a recoger las
cortinas de terciopelo, y el sol del trópico entra a
raudales por las ventanas.

Allá lejos, el mar azul bambolea incansable.

FIN

El Astrologo,
un conte de Juan Bosch (1909-2001),
est paru sous le pseudonyme de Stephen Hillcock
dans la revue *Alma Latina*,
à Puerto Rico, en 1938.

ISBN : 978-2-89854-830-7
© Vertiges éditeur, 2026

Dépôt légal – BANQ : deuxième trimestre 2026

– 2 831^e lecture –